

jóvenes, ancianos de cabellos blancos, tier-  
nas madres, hermanas desinteresadas, que  
habían venido todos á pié y de tan léjos  
por conseguir la salvacion de alguna per-  
sona querida, cumplir algun voto y seguir  
aquella larga procesion que despues de  
diez y ocho siglos se traslada de todas las  
partes del mundo á las gloriosas tumbas  
de los Apóstoles.

El refectorio de las mujeres presentaba  
el mismo espectáculo. Despues de la ac-  
cion de gracias todos los peregrinos se di-  
rigieron á la capilla para hacer allí en co-  
mún la oracion de la tarde. Se abrieron  
los dormitorios y cada viajero encontró  
allí un lecho preparado por las manos ma-  
ternales de la caridad.

La recepcion de los peregrinos no es de  
parte de los fieles de Roma una de esas  
fáciles demostraciones que produce la va-  
nidad y que la moda sostiene algun tiem-  
po; ésta es aquí una obra seria que ha  
atravesado los siglos y que impone enor-  
mes sacrificios. Las solemnidades de San  
Pedro, el Santo Sacramento, de la Por-  
ciúncula y muchas otras todavía llevan á  
Roma un crecido número de peregrinos.  
Durante la Semana Santa varía de cua-  
trocientos á quinientos. En los años del  
Jubileo es más considerable. Los archivos  
de la Trinidad dan el cuadro siguiente de  
los peregrinos hospedados en el estable-  
cimiento en aquellas épocas solemnes:

Jubileos.	Total de las bocas.	Balanco por día.
1,575	116,848	320,04
1,600	324,600	889,31
1,625	582,760	1,596,60
1,650	308,533	845,29
1,675	811,777	854,18
1,700	300,000	821,91
1,725	382,140	1,046,95
1,750	194,832	533,78
1,775	271,970	745,12
1,825	273,299	745,12

Así, al gasto anual que es de cerca de cien  
mil francos, tanto para los convalecientes  
como para los peregrinos, se añade cada  
veinticinco años un gasto extraordinario  
de más de quinientos mil francos. La ca-  
ridad romana es la que hace todos estos  
gastos.

Para completar nuestras impresiones, ó  
si se quiere, para hacerlas más vivas por  
un gran contraste, nos dirigimos al Coli-  
seo. Las nueve sonaron en el *Jesus* y ha-  
cía una luna magnífica. Roma entera es-  
taba en silencio. Sobre las losas de la vía  
Salaria no se oían más que los pasos de  
nuestra caravana compuesta de cerca de  
quince personas. Muchas veces había yo  
visto el Coliseo durante el día y me había  
parecido grandioso; á la claridad de la lu-  
na me pareció espantoso. Cuando los ra-  
yos oblicuos del astro de la noche, atra-  
vesando las anchas aberturas, penetran  
en los vomitorios 1 medio arruinados, ilu-  
minan las desigualdades del colosal edifi-  
cio y os dejan entrever en todas sus partes  
aquella montaña de ruinas negruzcas, si-  
lenciosas, amenazadoras, un frio extreme-  
cimiento de terror corre por vuestras ve-  
nas, oprimís el brazo de vuestro compa-  
ñero y no sabéis si debéis quedaros ó huir.  
En la extremidad de la arena nos esperaba  
un guía provisto de una larga antorcha  
resinosa. Siguiéndole subimos lentamente  
las gradas que conducen al primer piso,  
al que dimos vuelta cuanto lo permiten  
las anchas grietas de la plataforma. Teni-  
amos que pasar por todas aquellas sillas  
ocupadas en otro tiempo por los Césares,  
el Senado y las vestales. De allí subimos  
al piso superior, el único que queda accesi-  
ble. Al llegar á la galería, toda la tropa  
de viajeros se puso á cantar. Este volúmen  
de sonido, aunque débil, pero cuyo poder  
aumentan singularmente los ecos de las

1 Puertas del anfiteatro.

vastas paredes, da una idea del efecto pro-  
ducido, cuando existía el Coliseo todo en-  
tero, por los aullidos de las fieras, los ins-  
trumentos de las orquestas, los gritos de  
los gladiadores, las vociferaciones y el pa-  
talo de cien mil espectadores deseosos de  
sangre y de placeres. ¡Qué espectáculo!  
¡qué contraste! Saliamos de la Trinidad  
de los Peregrinos, adonde habíamos visto  
á los príncipes y á las princesas de rodi-  
llas delante del pobre, y estábamos en el  
Coliseo, en donde el rico y el poderoso  
hacían devorar para su gusto, al pequeño  
y al débil; allí inmensas riquezas gastadas  
en obras de la más tierna caridad, aquí el  
oro del mundo prodigado en escenas de  
matanza. Tal es el intervalo que el Evan-  
gelio ha puesto entre nosotros y el paga-  
nismo. La Trinidad de los Peregrinos y  
el Coliseo, inmediatos uno á otro y vistos  
el mismo día de la Semana Santa, presen-  
tan al espíritu del observador imparcial  
la divinidad del cristianismo en su más  
alto poder; hacen más, la hacen sentir en  
el corazón.

### 23 DE MARZO.

Pascua.—Vista de Roma y de San Pedro.—En-  
trada del Papa.—Misa.—Vista de la plaza de  
San Pedro.—Bendicion solemne.—Fiestas en  
las familias.—Iluminacion del Vaticano.

La artillería del castillo de Sant-An-  
gelo anunció desde la aurora la vuelta de  
la gran solemnidad. Toda la poblacion  
romana, aumentada con sesenta mil ex-  
tranjeros, se apiñaba en las iglesias, obs-  
truía las plazas y se dirigía en olas tumul-  
tuosas al puente Elico y á la basilica de  
San Pedro. Un aire de júbilo animaba  
todos los semblantes; el cielo estaba mag-  
nífico. Algunas nubecillas aquí y allá mo-  
deraban los rigores del sol, sin quitar na-  
da á sus rayos del vivísimo brillo que de-  
bía iluminar el más bello día de la ciudad

eterna y del mundo. ¡Pero cómo describir  
aquellas ceremonias! La pluma puede muy  
bien darlas á conocer en todos sus porme-  
nores; en cuanto á expresar la impresion  
que ellas producen siempre tendrá que  
retroceder el espectador ante esta tarea im-  
posible.

La pompa de los oficios excede á la de  
Navidad; los más ricos adornos, los vasos  
sagrados más preciosos lucen su magnifi-  
cencia en el altar alrededor del trono pon-  
tificio, en los bancos del Sacro Colegio y  
en todas las partes de la basilica. Las  
avenidas del pórtico y la gran nave hasta  
la Confesion de San Pedro están ocupadas  
por los regimientos pontificales. Las guar-  
dias suizas, las guardias nobles, los gene-  
rales de las tropas romanas, de gran uni-  
forme, hacen el servicio cerca del Sobera-  
no Pontífice. Su Santidad es recibido bajo  
el pórtico por el cabildo del Vaticano,  
llevando á su cabeza al cardenal arcipres-  
te. Al desfilar el cortejo delante de la  
estátua de Constantino, los tambores ba-  
ten marcha, las campanas de la basilica  
suenan á todo vuelo y las trompetas de la  
guardia noble estallan en alegres sonatas.  
El Papa pasa el umbral de la gran puer-  
ta del templo, y los cantores de la capilla  
entonan la antífona *Tu es Petrus*. Este  
momento tiene algo de imponente y so-  
lemne que no se puede describir. El Santo  
Padre, llevado en la silla, se adelanta ma-  
jestuosamente hácia la confesion; allí se  
baja, y despues de una corta adoracion  
sube al trono de Tercia, recibe la obediencia  
del Sacro Colegio y comienza la misa.  
A esta sigue la manifestacion de las reli-  
quias mayores de la cruz, del Divino Ros-  
tro y de la Lanza, y despues de esto, la  
bendicion solemne desde lo alto del gran  
balcon.

Antes de las once la plaza de San Pe-  
dro presentaba un golpe de vista único en  
la tierra. En los extremos inferiores había



estacionados quinientos á dos mil carruajes de una magnificencia real; estos eran los coches de los cardenales, de los embajadores, de los prelados, de los príncipes, y de toda la nobleza romana y extranjera. El centro de la plaza, delante del obelisco, estaba ocupado por las tropas de infantería y de caballería que formaban un vasto cuadrado. En el gran frente que miraba á San Pedro estaba formada la música de los diversos regimientos. En fin, en toda la extension de la plaza, hasta el umbral de la basílica, sobre la doble galería que le rodea, se oprimia una multitud de tal modo compacta, que todo movimiento parecia imposible; habia, sin exagerar, cien mil espectadores cuando ménos.

Desde el lugar elevado á que habíamos llegado se paseaban nuestras miradas sobre aquella inmensa muchedumbre, palpitante de emociones, cuando á las doce todas las campanas de la basílica sonaban á vuelo; el cañon del castillo Sant-Angelo hace una descarga general, á la cual viene á mezclarse el redoble de los tambores y el sonido brillante de las trompetas; este es el anuncio de la próxima llegada del Santo Padre. Todas las miradas se dirigen hácia el gran balcon, al cual hacia sombra un soberbio pabellon de escarlata. Bien pronto una palabra se escapa de todas las bocas, y cien mil veces repetida forma como un vasto murmullo: *Ecco! ecco!* «Hélo aquí! hélo aquí!» Y todas las cabezas se descubren y todas las rodillas se doblarian si hubiera lugar; y se vió llegar al gran balcon todo el cortejo pontifical. Cien prelados con su magnífico traje, treinta y un cardenales de mitra blanca, veinticuatro obispos del Oriente y del Occidente. Por fin, el Vicario de Jesucristo, el augusto anciano, llevado en la *Sedia gestatoria*, con la tiara en la cabeza, apareció con una majestad infinita á los ojos del inmenso pueblo. Un silencio universal habia reina-

do; apénas se respiraba, toda aquella multitud inmóvil no parecia vivir sino para los ojos.

El Santo Padre, sentado en la silla, inmediata á la parte exterior del gran balcon, rezó con una voz firme las oraciones de costumbre. <sup>1</sup> De cada lado estaban dos obispos arrodillados, el uno teniendo el cirio encendido y el otro presentando el libro de las oraciones. Acabada la fórmula, el Santo Padre, revestido con la capa bordada de oro y adornada la frente con la triple corona, se levantó majestuosamente, abrió los brazos, los extendió en alto como para tomar del cielo mismo la bendicion que iba á derramar; luego, formando la señal de la cruz, los juntó sobre su pecho, como un padre que abraza á su hijo y le oprime contra su corazón; y este hijo es Roma y el mundo. Este movimiento es de un efecto indecible. La vista no ha tenido presente nunca, ni en ninguna parte, un espectáculo tan solemne y tan tierno. En este momento único, á la vista del Soberano Pontífice, de quien no se ve más que la mitad del cuerpo, no se sabe si es un hombre, un ángel, ó Dios mismo el que aparece en los aires. En cuanto á la impresion, repito que no quiero ensayar describirla. Es tal, que uno de nuestros filó-

<sup>1</sup> Sancti apostoli Petrus et Paulus, de quorum potestate confidimus, ipsi intercedant pro nobis ad Dominum.

Precibus et meritis Beatae Mariae semper Virginis, Beati Michaelis archangeli, Beati Joannis Baptistae et sanctorum apostolorum Petri et Pauli, et omnium sanctorum, misereatur vestri omnipotens Deus, et, dimissis omnibus peccatis vestris, perducat vos Jesus Christus ad vitam aeternam. Amen.

Indulgentiam, absolutionem et remissionem omnium peccatorum vestrorum, spatium verae, et fructuosae praesentiae, cor semper, praeparans et emundationem vitae, gratiam et consolationem, Sancti Spiritus et finalem perseverantiam in bonis operibus tribuat vobis omnipotens et misericors Dominus. Amen.

Benedictio Dei Omnipotentis Patris, et Filii, et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper. Amen.

sofos del último siglo exclamaba despues de haberla sentido: *En aquel momento era yo católico*. Es tal, que una princesa protestante que habia ido á Roma en aquella ocasion para su propaganda, cayó desvanecida y se levantó católica. Es tal, que todos los viajeros, sin hacer caso de su religion y de su carácter, repiten con voz unánime: ¡Nada hay comparable bajo el cielo!

Al acabar las últimas palabras de la bendicion, se sentó el Santo Padre, el *Amen* habia sido repetido solemnemente cuatro veces por la inmensa voz de la multitud, cuando repentinamente una voz más fuerte lo repitió á su manera. Las campanas de la basílica, el cañon del castillo Sant-Angelo, los tambores y las trompetas de los regimientos, estallando á la vez llevaron la aclamacion de la eternidad hasta las montañas lejanas de la Sabina y del Lácio. Los dos cardenales asistentes leyeron, uno en latin y otro en italiano las fórmulas de la indulgencia plenaria concedida á los fieles que habian recibido la bendicion con las disposiciones convenientes. Estas fórmulas impresas fueron arrojadas al pueblo. El Santo Padre habia desaparecido y todo habia acabado.

La multitud conmovida se retiró lentamente, y muy pronto dividida en mil fracciones fué á sentarse en inocentes festines con los cuales celebra cada familia, al comer el cordero pascual, la fiesta de la gran familia cristiana. A fin de que todos tuviesen parte en la alegría comun, se dan socorros á los pobres que se presentan en el Vaticano, se distribuyen abundantes limosnas á los presos ó á las familias necesitadas y se da libertad á los cautivos. Roma imita así al divino Salvador, cuya aparicion en el Limbo fué para los justos la feliz señal de libertad.

En fin, como las academias y las reuniones literarias habian cantado en otro

tiempo los dolores de la gran Víctima, hoy celebraron su triunfo. La prosa y la poesia repiten sucesivamente la victoria del Hombre-Dios, las conquistas maravillosas de la fe, sus benefieios más maravillosos todavía y sus luchas gigantescas; brillantes coronas se decretan á los vencedores. Todo esto manifiesta que las fiestas religiosas en Roma son verdaderamente populares.

La alegría pública se manifiesta en la noche por la célebre iluminacion de la cúpula. Este espectáculo es como el de la mañana, que ninguna otra capital podria presentar uno semejante á las miradas atónitas del viajero. Representaos el templo más magnífico del mundo con sus proporciones colosales, con su cúpula de cuatrocientos veinticuatro piés de elevacion, con su inmensa plaza rodeada de una doble columnata adornada con millares de estatuas de mármol, y todo aquel edificio convertido en una montaña de fuego. Mil cuatrocientas lámparas de luz velada están colocadas sobre la fachada exterior del templo y de los pórticos, contando desde el suelo hasta la extremidad de la cruz de la basílica. Estas lámparas dibujan todas las aristas del edificio, cuyas líneas arquitectónicas marcan muy bien encorvándose donde aquellas se encorvan, suspendiéndose donde aquellas se suspenden, quebrándose donde aquellas se quiebran.

Hay dos puntos que se señalan para gozar bien de la iluminacion: el monte Pincio y la entrada á la plaza de San Pedro. Desde el primero se la ve á lo léjos como un inmenso meteoro, cuyo centelleo difunde en la atmósfera la luz de un incendio. Desde el segundo se la ve de cerca y se admira la simetría de todas sus líneas de fuego, que iluminan los sabios dibujos de la fachada y de la cúpula trazados por la mano de Miguel Angel. Bajamos del Pincio á las ocho y veinte mi-



nutos y llegamos atravesando las olas de gente á la plaza de San Pedro ántes de las nueve ménos cuarto. Aun era tiempo, pues la primera iluminacion, que comienza á las ocho, estaba á punto de acabar. A las nueve hay cambio de iluminacion.

A la primera campanada de la hora, una cosa inflamada, semejante á las exhalaciones celestes, corre por la cúpula, la cruz, las pequeñas cúpulas, la fachada, el peristilo, la columnata, la plaza, dejándose ver por todas partes y no deteniéndose en ninguna; y cuando suena la última campanada, ese no sé qué, no se vuelve á mover, ni á ver; pero se han encendido setecientas noventa y una luces y se ven mezclados á las líneas un poco apagadas de la iluminacion los rosetones, las guirnaldas, los candelabros y otros focos de brillante luz. Nada puede expresar la prontitud de este cambio de luces, así como les parece difícil comprender á los que no lo han visto, lo grandioso de aquel incendio de la cúpula 1. Trescientos sesenta y cinco *petrini* trabajadores de San Pedro, suspendidos con cuerdas, han obrado repentinamente aquel efecto mágico sin que se haya podido percibirles, y han encendido en el tiempo que acabo de describir, cinco mil novecientas noventa y una lámparas. Este es secreto suyo y una de las glorias del génio italiano sin rival en las bellas artes y en ordenar una fiesta.

Lo que realza el carácter de este brillante espectáculo y aumenta la impresion, es el pensamiento que él inspira. En los otros países se hacen iluminaciones para fiestas civiles, y en Roma solo para fiestas religiosas; aquí porque es alegre el sufrimiento del destierro, unido á la fe y á la esperanza; allá por las esperanzas deliciosas de la patria. Y todo en Roma toma el carácter de lo infinito, y el espectador ele-

1 Manual de la capilla Sixtina, p. 114.

vado sobre sí mismo, se retira bendiciendo á la Providencia por haberle hecho testigo de aquellas grandes solemnidades, las más encantadoras despues de las del cielo.

### 28 DE MARZO.

Adioses á Roma pagana.—Fuegos de artificio del castillo Sant-Angelo.—Reflexiones sobre las solemnidades romanas de la Semana Santa y de la Pascua.

Fuera de los fuegos artificiales del castillo Sant-Angelo, que nos estaban reservados para la noche, habíamos visto todo lo que Roma y el mundo pueden ofrecer de más magnífico. El objeto del viaje se habia cumplido y era necesario pensar en la partida. Habíamos venido para estudiar las tres ciudades encerradas en una sola. A fin de conservar más vivos y más ciertos los recuerdos de la triple Roma, quisimos verla una última vez en los grandes monumentos que la resámen.

En esta visita de adios fueron empleados nuestros últimos instantes. Roma pagana se personifica en las ruinas colosales de sus edificios; y el Capitolio, el Foro, la Prision Mamertina, el Coliseo, el Acueducto de Claudio, las Térmas de Diocleciano, el Obelisco de Augusto, nos vieron de nuevo, recogiendo el irrecusable testimonio que rinden al génio, á la religion, á las leyes, á las costumbre de la poderosa reina de la fuerza.

Hé aquí la traduccion de este testimonio mudo, pero elocuente: «Hubo un mundo, cuya capital era Roma y de la cual era señor, César; un mundo que divinizó al hombre y á sus pasiones groseras, y á sus institutos crueles; que vió á todos los pueblos encadenados sucesivamente al carro de la victoria, llevar al hombre deificado el homenaje de sus riquezas y de su más pura sangre; que rugió como la hiena

y el tigre, cuando doce pescadores armados de una cruz de madera vinieron á disputarle el imperio de las inteligencias; que desgarró durante tres siglos los cuerpos palpitantes de diez millones de mártires, y que verdugo poderoso, fué vencido por sus débiles víctimas, y no dejó despues de sí más que monumentos de su orgullo, de su fuerza, de su voluptuosidad y de su fabulosa barbarie, monumentos gigantes, cuyo último vestigio hubiera desaparecido de la Cruz victoriosa, si no hubiera cuidado de cubrirlo con su sombra tutelar. ¡Gracias á tí, mundo de Júpiter y de Neoron! siempre vivo en tus ruinas, enseñas eternamente á los siglos; y más elocuente que todos los oradores, elevas á su más alto poder el milagro de la divinidad de mi fe y el sentimiento de mi reconocimiento hácia el Dios libertador del género humano. Adios, tu mision está cumplida; descansa en tu vasta tumba, y si es posible, que la tierra te sea leve.»

Nuestra visita á Roma pagana, unida á algunos preparativos de viaje, habia ocupado una parte del dia. Por la tarde á las siete atravesábamos de prisa el Puente Sixto y en casi toda su extension seguíamos el Longara. ¿A dónde íbamos tan de prisa? A la casa de la buena viuda Buffalo. ¿Qué queríamos á aquella excelente mujer que nos era perfectamente desconocida? Queríamos tomar los lugares apartados para nosotros en su balcon situado á la orilla del Tíber enfrente del castillo Sant-Angelo, con objeto de gozar allí á todo nuestro sabor de la magnífica *Girandola*. Se da este nombre á los fuegos artificiales del muelle de Adriano que tienen lugar como regocijo por la Resurreccion del Salvador. Todo Roma estaba en el espectáculo, el más hermoso que puede verse despues de los de la víspera.

A las ocho y tres cuartos, muchos cañonazos dieron la señal de la fiesta. En

un abrir y cerrar de ojos, la plataforma del castillo Sant-Angelo lanzó á los aires columnas de llamas que representaban al natural una erupcion del Vesubio. A fin de completar la ilusion, las llamas se elevaban por bocanadas como si hubiesen sido violentamente arrojadas por el aire comprimido en el seno del volcan, mientras que el ruido del cañon imitaba los rugidos subterráneos de la montaña. A este terrible espectáculo siguió una dulce y graciosa representacion. El castillo se iluminó repentinamente por millares de lamparillas de una luz tan viva que era un rio de diamantes en la cabeza de una mujer. Por escena tercera tuvimos las Cascadillas de Tivoli. De todas las tronearas de la ciudadela bajaron riachuelos de fuego semejantes al fierro en fusion. Nada se olvidó, ni aun la gran cascada, cuya luz deslumbradora reflejada por las aguas del Tíber, duplicaba para nosotros el placer del mágico espectáculo.

Vinieron en seguida, para gloria del divino Triunfador, una vasta corona de haces brillantes, de los que cada uno semejaba á una planta de aloe, luego candelas romanas, cometas, cohetes. Al estallar en el aire todos aquellos meteoros dejaban escapar ejércitos de pequeños pescados volantes que parecian batirse y morian despues del instante que les habia visto nacer. Esto no era más que el preludio de la gran batalla librada al mundo por el divino Crucificado. El combate mismo se presentó en un sitio notable sobre todo por el número de cohetes y de los cañonazos que se sucedian con una rapidez extrema. En fin, el ramillete se compuso de una masa de candelas romanas, que elevándose á una gran altura, estallaron todas á un tiempo y formaron al caer un inmenso haz de llamas, cuyos vivos matices centelleaban como rubíes, diamantes y topacios, á los rayos del sol.